

año 1848 perteneció á la Asamblea de Francfort defendiendo la idea de una gran pátria alemana. Despues de Sadowah, el Emperador vencido invocó el auxilio del partido liberal. Muhlfeld se lo prometió á cambio de la destruccion del Concordato, esa cadena del Austria. Vió realizada su obra. Habiéndole brindado una cartera, la renunció, porque amaba las grandes reformas para su pátria y no las grandes posiciones para sí, desinteresado como todos los poseidos por el amor sublime de las ideas. Atacado de un mal de corazon en el Parlamento, en el campo mismo de batalla, murió despues de tres meses, viendo con alegría sancionadas las leyes, á cuyo cumplimiento fiaba la salvacion de su pátria. Abogado ilustre, hombre público distinguidísimo, jefe de un partido llamado varias veces al poder, murió tan pobre que sus amigos debieron proveer á los gastos de su entierro. Viena le lloró como deben llorar todos los pueblos agradecidos á sus grandes ciudadanos.

Sancionadas ya las últimas leyes políticas; las relaciones entre Roma y Viena quedan rotas. Sin embargo, el embajador Beggsemburg salía, y tenía yo la plena seguridad de que no alcanzaria concesion alguna del Papa. Pio IX vibra todavía sus rayos despuntados en la cima del Vaticano. Se parece al pobre Júpiter que nos pintaba tan admirablemente Luciano en sus obras, modelos de excelente ironía, cuando los dioses antiguos espiraban uno á uno, y se perdian como gotas de agua caidas de un cielo tempestuoso en el profundo Océano formado por el nuevo espíritu, que se inspiraba ya en las revelaciones del cristianismo.

Extraños destinos en verdad los de Pio IX. Pocos hombres, tal vez ninguno en el presente siglo, han excitado tanto y tan ardiente entusiasmo. Su voz despertó la revolucion de 1848 en el mundo. Venia, despues que Lammainais acalorara los ánimos con su estilo bíblico lleno de brillantez y de energía, anunciando la reconciliacion eterna del cris-

tianismo y la democracia. En este sistema histórico y político, Cristo era presentado como el precursor de la libertad y su doctrina de igualdad y de fraternidad, doctrina esencialmente republicana, como el prólogo de nuestras edades, como el decálogo de nuestros derechos. Sorpresa grande fué para el mundo ver subir á la cátedra pontificia, inmóvil, imperturbable, que parecia el asiento de las antiguas sociedades, un hombre resuelto valerosamente á arrancarla de su serena region de lo pasado, para lanzarla en el Océano de nuestras dudas, de nuestros dolores, de nuestras zozobrosas esperanzas. El mundo respiró. La batalla entre nuestra fé y nuestro derecho habia concluido. La cruz que habíamos abandonado, presidia las legiones de la libertad, como coronaba la diadema de los reyes. El templo, el hogar que tantas veces habian sido contrarios á nuestras ideas; los sentimientos de la familia que tantas veces se habian vuelto contra nuestras reformas; la mujer, sobre todo la mujer, que parece la estátua misteriosa de todas las urnas funerarias, la sacerdotisa por generosidad de todos los cultos moribundos, volvia con la sonrisa en los labios y el amor en el pecho, á comulgar en comunidad de ideas con su familia. Pero de pronto se rompe este hechizo pasajero, se acaba esta seductora esperanza, y renace la antigua guerra, la antigua discordia, porque Pio IX ha vuelto á maldecir de nuevo nuestra libertad.

A haber podido, nos trae el Papa de la libertad el terrible presente de la renovacion de las guerras religiosas. Urge, pues, llegar á la separacion de la Iglesia y del Estado, y llegar lo más pronto posible, exclamaban todos los liberales. Así, la Iglesia será libre para hacer cuantas declaraciones le plazcan, sin que pasen de apotegmas morales á leyes coercitivas. Y el mundo hubiera asistido al concilio que á la sazón se anunciaba, con respeto, con veneracion; pero decidido á no dar á sus decisiones más importancia que aquella que tie-

nen las varias controversias y las diversas ideas de las sociedades científicas, políticas ó religiosas, que á cada paso suelen reunirse tanto en Europa como en América.

Por de pronto, el Papa pensaba más en las armas que en las ideas, y más en el ejército que en el Concilio. Atronaban todos los periódicos reaccionarios los oídos con el himno de alabanzas cantado en honor de los jóvenes canadienses que, desde las selvas de América, desde las maravillosas riberas del Niágara, movidos por una fé como la de Pedro el Ermitaño, venian á las cenizas de ese gran cementerio llamado Roma, á las ruinas calcinadas de la ciudad eterna, al suelo estéril lleno de hosamentas, sólo por sostener con sus robustos brazos en los campos de batalla la autoridad del Pontífice. Algunos de ellos habian dado una prueba bien extraña de su fé religiosa, habian cambiado el traje de la Iglesia por el traje del ejército, el convento por el cuartel, y los breviarios por los fusiles, como si en nuestro tiempo la vida militar fuese algunos grados más perfecta que la vida religiosa para alcanzar y merecer el cielo. Más parece que la profesion de soldado del Papa es preferible en los cánticos religiosos de la prensa bienaventurada, que en las tristes asperezas de la realidad. El suelo romano despedia mortíferas calenturas. Y los soldados desertaban huyendo de la fiebre, de la muerte. El Papa trataba de retenerlos con espectáculos y con revistas. Por aquellos dias, celebró una en el campo desde donde Aníbal contemplaba con mirada codiciosa la ciudad eterna, para arrancarla de la tierra. Las tropas formaban un cuadrado. En su centro, habia un altar. Al aire libre, rodeado de los desolados campos y las majestuosas ruinas, teniendo el cielo por dosel, la naturaleza entera por templo, el Papa ofreció á Dios el sacrificio de la Misa. En aquel mismo instante, se desataron las nubes en torrentes de lluvia. Y cuando el Papa alzaba la hostia, un relámpago vivísimo cruzó la inmensidad y resonó

por los espacios un largo trueno. Confieso que la ceremonia debia ser imponente. Desde luego, en ella habia más aroma religioso que en las carnales procesiones de San Pedro. Pero héte aquí un periódico jesuita diciendo que el Papa desafiaba en aquel momento los malos espíritus del aire. ¡Qué idea de la naturaleza! Mal espíritu el fluido que sostiene la combustion de la vida, el agua que abreva los campos, la nube en cuyas fecundas entrañas viene la abundancia, el fuego eléctrico que devora los miasmas y dá salubridad y transparencia á la atmósfera, ¡qué blasfemia contra Dios y contra sus obras!

Mientras tanto, el Emperador Napoleon procuraba establecer la paz entre Italia y la Santa Sede, paz cada dia más dificultosa. Las condiciones que el gobierno italiano proponia para un *Modus vivendi*, eran las siguientes: Restauracion del tratado de Setiembre, pago de la Deuda pontificia por Italia, evacuacion inmediata del territorio romano por las tropas francesas, establecimiento regular de aduanas en las respectivas fronteras, recíproca extradicion de malhechores, abolicion de pasaportes, paso libre de las tropas italianas por los ferro-carriles romanos, persecucion simultánea de los bandidos por los dos ejércitos, permiso á las tropas italianas para entrar en la persecucion hasta el territorio pontificio, libertad de los presos políticos, ciudadanos de Italia, que Roma tenia por tanto tiempo en sus calabozos. Ningun gobierno italiano concederá lo que concedió el gobierno de Menabrea. Y sin embargo, el Papa nunca aceptara esas condiciones que implican una debilitacion de su definitivo *Non Possumus*. La verdad es que la cuestion romana sólo podia resolverse ó por el triunfo de Roma sobre Italia, ó por el triunfo de Italia sobre Roma. Mientras no se llegara á uno de estos resultados, Roma habia de ser un muro de bronce entre la Italia del Norte y la Italia del Mediodía, un semillero de conspiraciones borbónicas, un lago muerto, emponzoñado, que

envenenase el aire en todo el resto de la península, y que mantuviese su libertad en ese estado enfermizo, inquieto, parecido al de los pobres cuerpos tocados por una raquitis material y moral, que nunca pasan de la infancia. Y no mostraba la corte romana síntomas de flexibilidad. Con motivo de las reformas austriacas, volvía á revelar su implacable ódio á la libertad. Los obispos, obedeciendo la voz soberana de Roma, se negaban á cumplir las reformas, á obedecer las autoridades civiles. La irritación era tan grande, que el órgano de Roma en la prensa francesa, Mr. Veuillot, llamaba con redoblados llamamientos la democracia contra el Austria, y presagiaba un pueblo santo en sustitución del santo Imperio. Desesperados debían los teócratas andar, cuando á tales recursos apelaban ¡ellos! los eternos aliados de todos los tiranos. La democracia europea es enemiga del Imperio, pero no intenta poner sobre sus ruinas la teocracia de la Edad Media, la institución contraria al más fundamental de todos los derechos, á la libertad de pensamiento. Una prueba tenía de ello el órgano clerical en la grande peregrinación organizada en aquel tiempo por la democracia de Bohemia. Los representantes de este país fueron á Constanza, y allí, á las puertas de la histórica ciudad, á la orilla del lago, entre las selvas alpestres, consagraron un recuerdo al mártir de la libertad, Juan Hus, precursor de la reforma, víctima sublime, como Savonarola, de las implacables iras clericales. La democracia es la libertad, y la libertad principia en la conciencia.

Los clericales no comprendían que se alocinaba una guerra, y que en una guerra podían perderlo todo. Y sin embargo, por instinto de perdición tocaban más que ninguno otro partido á rebato. Y todos los días señalaban hacia Alemania.

La obra de la unidad alemana continuaba á despecho de tantas y tantas vociferaciones. Bismark conoce bien á sus compatriotas, sabe á ciencia cierta sus crisis futuras, y aprove-

cha todo cuanto hay de nervioso bajo su lustrosa grasa, para pulsar en ellos las cuerdas vibrantes siempre del patriotismo. El Parlamento aduanero recorrió una larga serie de estaciones gastronómicas, del real palacio de Berlín, al real palacio de Postdam, y del real palacio de Postdam á la libre ciudad de Hamburgo, y de la libre ciudad de Hamburgo á la escuadra, donde en presencia de dos infinitos, el mar y el cielo, se lanzaron contra Francia ardientes brindis inspirados por vino francés. A los brindis del Parlamento sucedieron los artículos de los periódicos alemanes. Algunos de ellos llegaron á decir que si persistía Francia en dirigir la política alemana á su antojo y vedar el movimiento de los pueblos de allende el Rhin hacia la unidad, pudiera muy bien arrepentirse como en mil ochocientos quince, de su soberbia. Los ministros, los áulicos franceses corrieron al gabinete del Emperador á llevarle estos artículos guerreros y moverle á pedir explicaciones al gobierno alemán. Pero el Emperador, más cuerdo de ordinario que sus amigos, les mostró cuán digna era la reserva y cuán inútil preocuparse de cuanto dice la prensa allende y aquende el Rhin, cuando él mismo no ha sido fuerte á contener la prensa francesa consagrada en su mayor parte á demoler el Imperio.

Mientras tanto, el ejemplo de Austria liberalizándose, para contrastar la influencia de Prusia, se extiende por toda Alemania. La libertad es difusora, contagiosa. La abolición de la pena de muerte ha sido votada casi unánimemente en Sajonia. Durante las tres largas discusiones que este problema social suscitara, fué siempre el Príncipe heredero uno de los más fieles á las ideas liberales y uno de los más prontos á votar por la conclusión de este último resto de las edades bárbaras. En cambio el Obispo católico Forwek votó á favor de la pena de muerte. Por todas partes se arruinan sobre el suelo feudal de Alemania las instituciones de la Edad Media.

Hay dos sentimientos que viven hoy con igual fuerza en Alemania. Es uno el sentimiento de libertad, es otro el sentimiento de patria. El ilustre jefe del partido avanzado, Jacobi, acababa de publicar un manifiesto que tengo por ideal de la política del porvenir, y que pongo á la altura del discurso de Fichte á los alemanes, uno de los más gloriosos monumentos de la política nacional. Dolia ver hombres como Simon de Treves, que han sido condenados á pena capital por liberales y que arrastran veinte y ocho años de triste destierro, inclinados á la política austriaca con preferencia á la política prusiana. Pero este divorcio entre sus más ilustres servidores

y la nueva Alemania, dimana del divorcio establecido por Bismark, entre la patria y la libertad. Jacobi sostiene con gran copia de razonamientos y grande calor de estilo que la forma de gobierno más racional, más en armonía con el temperamento alemán y las tradiciones germánicas, la que se deriva de su historia y satisface sus necesidades presentes, no es un imperio unitario, centralizado, militar, especie de vasto cuartel como Francia, fatal modelo, sino una República que realice esta ley de la verdad y de la hermosura, reflejo de las leyes de la naturaleza, la unidad y la variedad, cimentada en bases indestructibles.